

ALBERTO SALDARRIAGA ROA*

ARCH
COLECC
ARQUIT
LAS BIBL

Fecha de recepción: 21 de julio de 2017

Fecha de aceptación: 2 de octubre de 2017

Sugerencia de citación: Saldarriaga Roa, Alberto. 2017. Archivos, colecciones y arquitectura: las bibliotecas. *La Tadeo Dearte* 3(3), 134-151.

doi: <http://dx.doi.org/10.21789/24223158.1292>

ARCHIVES, COLLECTIONS AND ARCHITECTURE:
LIBRARIES

IVOS, IONES Y ECTURA: IOTECAS

* **Alberto Saldarriaga Roa**

Decano de la facultad de Artes y Diseño de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano y
director de la revista La Tadeo Dearte, Colombia.

alberto.saldarriaga@utadeo.edu.co

ARQUITECTURA DE BIBLIOTECAS

ARCHITECTURE OF LIBRARIES

SALAS DE LECTURA

READING ROOMS

PARQUES BIBLIOTECA

LIBRARY PARKS

/KEYWORDS

PALABRAS CLAVE

INGRESO

UN ARCHIVO O COLECCIÓN, cualquiera sea su naturaleza, requiere de un lugar, físico o virtual, para existir. Ese lugar puede ser tan simple como una repisa o tan complejo como una biblioteca, puede ser un muro, un mueble, un edificio o una nube.

¿En qué se diferencia una colección de un archivo? En principio comparten un mismo punto de partida, un origen primario e incluso una intención deliberada. En ambos casos se trata de reunir una serie de objetos, de la misma o de diferente clase. Un solo elemento puede dar origen a una colección, muchos de ellos requieren un archivo. Coleccionar es una actividad que comparten desde los individuos hasta las instituciones. Es común hablar de la «colección» de un museo, una biblioteca puede entenderse como una colección de libros, pero también es un archivo. La colección es una intención que tiene sus propias lógicas, el archivo es una forma especial de organización y almacenamiento. El mundo contemporáneo está lleno de archivos y colecciones, uno de mayor, otros de menos jerarquía, otros sin jerarquía. En reinterpretación de las ideas de Michel Foucault en *La arqueología del saber* (1984, 219), el mundo de las ideas es un inmenso archivo «de las cosas ya dichas».

La biblioteca es una de las grandes invenciones de la humanidad. Al igual que otras, su origen se pierde en el horizonte de la historia, hasta los orígenes de la civilización. En un horizonte más cercano aparece, como figura mítica, la Biblioteca de Alejandría, de la cual se ha escrito mucho y se sabe poco. Si bien no puede considerarse como la primera, de ella se sabe que se alojó en un edificio especial, el que fue posteriormente destruido. Antes y después de ella muchas otras debieron existir y se alojaron en recintos que, a la manera de cajas, guardaron con cuidado sus contenidos.

Si la etimología de la palabra «biblioteca» en lengua española deriva de términos latinos (*bibliotheca*) y griegos (*bibliotheke*) (Real Academia Española 2000), esto significa que ya desde la cultura helena se reconocía la presencia de recintos destinados a acoger aquellos documentos en los cuales se consignaba el pensamiento del momento. Se sabe de la existencia de bibliotecas en Roma y en Bizancio, sin tener claro cuál fue su lugar de residencia. En los monasterios medievales se alojaron grandes colecciones de documentos los que de un modo u otro nutrieron posteriormente el renacer de la cultura clásica. Las universidades, en su origen, estuvieron ligadas a la cultura de los libros y también dispusieron espacios para alojarlos en sus edificaciones.

El libro, después de la invención de la imprenta, se convirtió en uno de los protagonistas del saber en Occidente. Su presencia ha perdurado hasta el presente y posiblemente sobrevivirá a las predicciones de su posible desaparición a causa de la digitalización del pensamiento y su reducción a códigos binarios que difícilmente sustituyen la palabra impresa.

PARÉNTESIS LITERARIO- CINEMATOGRAFICO

JORGE LUIS BORGES escribió un relato que puede considerarse como indispensable en cualquier reflexión poética sobre el sentido de una biblioteca: en su inicio Borges describe la arquitectura de la biblioteca:

El universo (que otros llaman la Biblioteca) se compone de un número indefinido, y tal vez infinito, de galerías hexagonales, con vastos pozos de ventilación en medio, cercados por barandas bajísimas. Desde cualquier hexágono se ven los pisos inferiores y superiores: interminablemente. La distribución de las galerías es invariable. Veinte anaqueles, a cinco largos anaqueles por lado, cubren todos los lados menos dos; su altura, que es la de los pisos, excede apenas la de un bibliotecario normal. Una de las caras libres da a un angosto zaguán, que desemboca en otra galería, idéntica a la primera y a todas. A izquierda y derecha del zaguán hay dos gabinetes minúsculos. Uno permite dormir de pie; otro, satisfacer las necesidades fecales. Por ahí pasa la escalera espiral, que se abisma y se eleva hasta lo remoto. En el zaguán hay un espejo, que fielmente duplica las apariencias. Los hombres suelen inferir de ese espejo que la Biblioteca no es infinita (si lo fuera realmente, ¿a qué esa duplicación ilusoria?) (Borges 1956, 85-87).

Borges añade más adelante:

La Biblioteca existe *ab aeterno*. De esa verdad cuyo corolario inmediato es la eternidad futura del mundo, ninguna mente razonable puede dudar. El hombre, el imperfecto bibliotecario, puede ser obra del azar o de

los demiurgos malévolos; el universo, con su elegante dotación de anaqueles, de tomos enigmáticos, de infatigables escaleras para el viajero y de letrinas para el bibliotecario sentado, sólo puede ser obra de un dios. Para percibir las distancias que hay entre lo divino y lo humano, basta comparar estos rudos símbolos trémulos que mi falible mano garrapatea en la tapa de un libro, con las letras organizadas del interior: puntuales, delicadas, negrísimas, inimitablemente simétricas. (Borges 1956, 85-87).

Umberto Eco publicó en italiano, en 1980, su primera novela titulada *El nombre de la rosa*, cuya trama acontece en un monasterio encumbrado en lo alto de una montaña y distante del centro poblado más cercano. Allí acontecen una serie de muertes misteriosas, todas ellas relacionadas con el contenido de la biblioteca monacal. Dada la importancia del espacio del monasterio y en particular del «edificio» en el relato novelesco, Eco incluyó un plano general del monasterio en el que dicho edificio, la biblioteca, ocupa un lugar predominante. También incluye una ampliación detallada del edificio de la biblioteca.

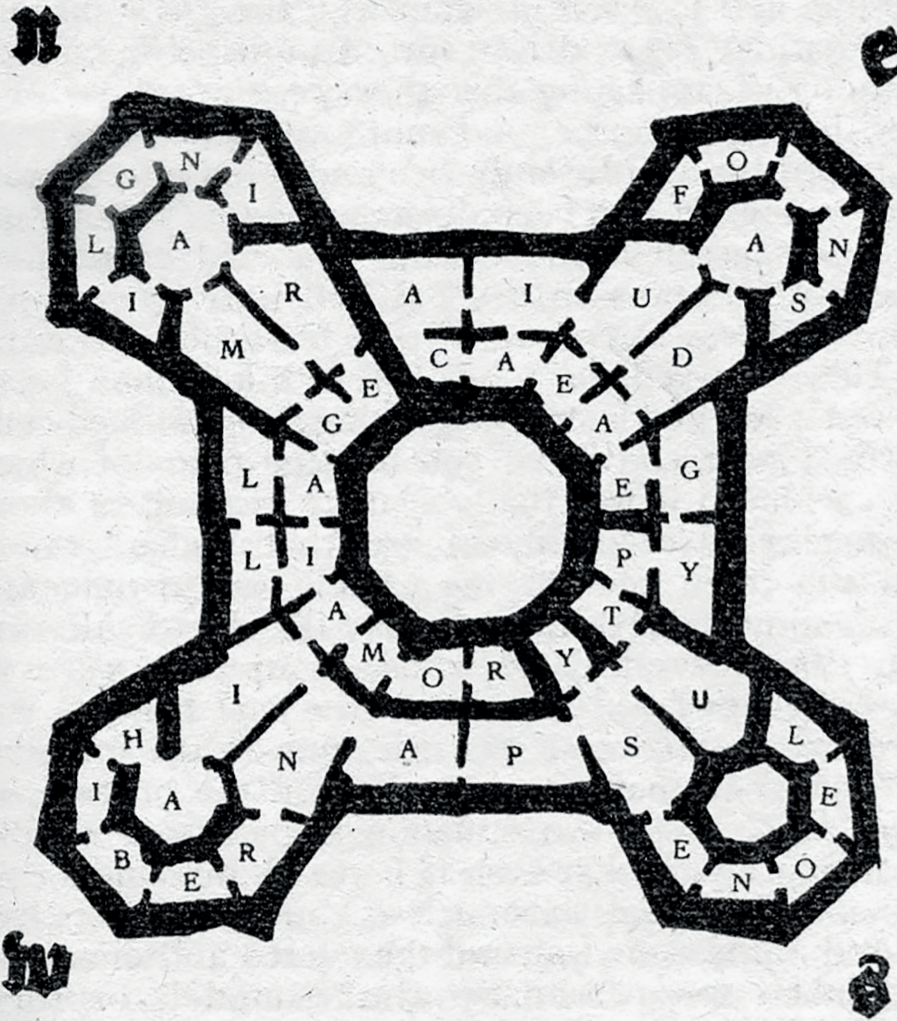
En la versión cinematográfica del cineasta Jean Jacques Annaud, se asumen esos planos como guía para la construcción cinematográfica de los espacios mencionados en la novela. La biblioteca, en el plano de Eco, recuerda la biblioteca de Borges y está formada por un volumen cuadrado del que sobresalen cuatro protuberancias hexagonales que confluyen en un vacío central octogonal. En el cine, el interior es visualizado como un espacio de múltiples niveles interconectados por escaleras, a la manera de M. C. Escher (Eco 1988).

LA ARQUITECTURA DE LA BIBLIOTECA

POR SIGLOS las bibliotecas se alojaron en las edificaciones conventuales y monacales y también en los palacios de gobernantes interesados en el mundo del saber. La noción de «biblioteca pública» apareció algo más tarde, asociada al pensamiento ilustrado y convertida en una oferta abierta a la ciudadanía. Este giro en el papel de las bibliotecas puede asumirse como el inicio de una nueva categoría edilicia, el edificio-biblioteca, el que ha sido objeto de especial atención en el transcurso de los dos últimos siglos, no solo en Occidente sino en todo el mundo.

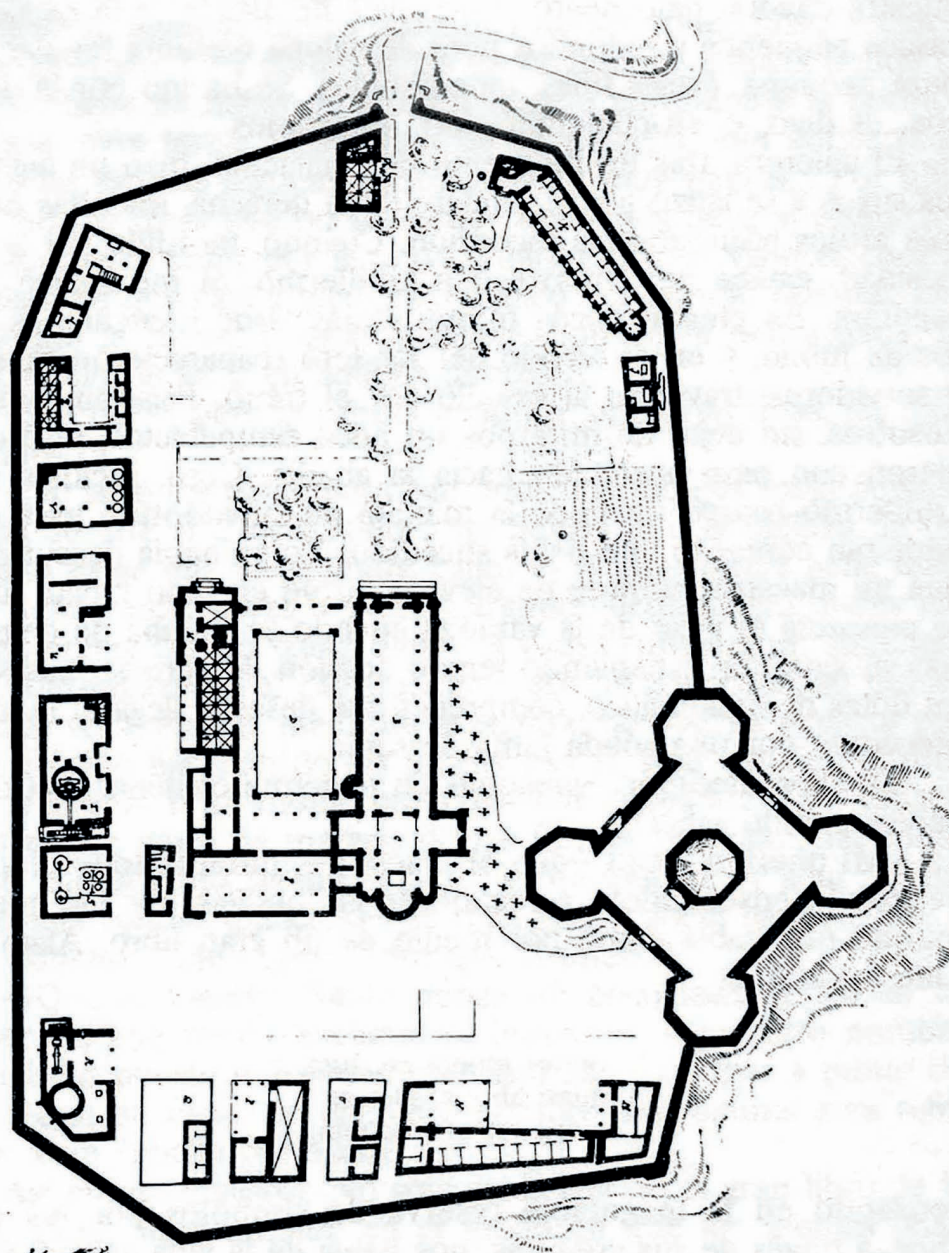
El edificio-biblioteca ya había aparecido en el siglo XVII en algunas ciudades universitarias europeas, en particular en las de Oxford y Cambridge. En la primera se encuentra la Biblioteca Bodleiana (Bodleian Library), cuyo primer edificio data de inicios del siglo XVII. En Cambridge se encuentra un ejemplo muy diferente, el de la Biblioteca de la Facultad de Historia, obra del arquitecto inglés James Stirling (1968). La imagen de este edificio, con su «cascada de vidrio» que ilumina la sala de lectura, se difundió ampliamente en su momento y se asoció a las ideas de la posmodernidad, en boga por esos años.

The Name of the Rose



LA ABADÍA

- | | |
|------------|------------------|
| K Hospital | F Dormitorios |
| J Baños | H Sala capitular |
| A Edificio | M Chiqueros |
| B Iglesia | N Establos |
| D Claustro | R Herrería |



El desarrollo del edificio-biblioteca autónomo, llevado a cabo en Europa en el siglo XIX, se basó inicialmente en planteamientos estéticos de tipo historicista, al tiempo que se resolvían problemas programáticos antes no tenidos en cuenta. Esto mismo sucedió con la arquitectura de los museos, de las salas de concierto y de otras edificaciones que se incorporaron en la vida de las ciudades como uno de los frutos de las nuevas estructuras sociales derivadas de la revolución industrial. La monumentalidad «a lo clásico» dio a estos nuevos edificios una presencia destacada en las ciudades. Algunos ejemplos se separaron de esa corriente y se orientaron hacia lo experimental. Uno de ellos fue la Biblioteca de Sainte Geneviève de París del arquitecto Henri Labrouste (1840), reconocida hoy por su experimentación técnica con las columnas metálicas que sostienen la cubierta de la sala de lectura.

Es precisamente la sala de lectura el espacio que despertó el interés de ingenieros y arquitectos desde que la biblioteca hizo presencia en las ciudades como una obra de arquitectura. Los arquitectos historicistas del siglo XIX acudieron a referentes de la antigüedad en los que existiesen espacios centrales de carácter especial. El Panteón de Roma inspiró más de un edificio bibliotecario, por ejemplo la biblioteca del Museo Británico en Londres, lo mismo que la basílica romana o el patio central de los antiguos claustros conventuales. La planta basilical, un rectángulo bordeado por estanterías o recintos, fue empleada profusamente, todo ello en construcciones simétricas y equilibradas. En la modernidad ese equilibrio se fracturó.

La arquitectura moderna está llena de bibliotecas, unas más ilustres que otras. En líneas generales, la biblioteca moderna se concibió como una gran caja interiormente organizada en, al menos, dos grandes secciones: el depósito de libros y la sala de lectura, junto con los espacios de apoyo administrativo y de servicios complementarios. Pasada la era de las cajas, las bibliotecas contemporáneas se muestran ahora como espacios lúdicos, en los que la lectura pierde algo de la solemnidad del pasado.

LAS BIBLIOTECAS



[Edificio Las Aulas, hoy Museo de Arte Colonial, Bogotá. Fotografía A. Saldarriaga R.]

EN COLOMBIA, las bibliotecas también se originaron en los conventos coloniales en los que también se impartía la educación universitaria. De ellas se conservan más las colecciones que los espacios mismos. La primera biblioteca pública se fundó en 1777 durante el período virreinal y fue abierta al público por el virrey Manuel Antonio Flórez Maldonado. Fue un proyecto ilustrado y se abasteció con las colecciones de la comunidad jesuita, en ese momento expulsada del territorio ocupado por la Corona española.

Al llegar el gobierno republicano y en busca de una secularización de la educación, en 1822 se le dio a esa biblioteca una nueva organización y se cambió su nombre por el de Biblioteca Nacional, el que todavía se conserva.

La Biblioteca Nacional de Colombia, como muchas otras instituciones creadas por los gobiernos republicanos, ocupó varias sedes, entre ellas el claustro de Las Aulas que había sido parte del complejo conventual y educativo de

EN COLOMBIA



[Biblioteca Nacional, Bogotá. Fotografía A. Saldarriaga R.]

San Bartolomé, en el centro de la capital de la República. La idea de construir un edificio propio se originó en la Ley 86 de 1928 que dispuso la construcción de un edificio para la Biblioteca y el Museo Nacionales (Niño Murcia 1991, 131). El proyecto arquitectónico original lo elaboró Alberto Wills Ferro en 1932 y fue ajustado para su construcción en la Dirección de Edificios Nacionales del Ministerio de Obras Públicas. Su inauguración se produjo en el marco de las celebraciones del Cuarto Centenario de la

Independencia de Colombia, el 20 de julio de 1938. Ese edificio es, en líneas generales, el que hoy se conserva, con algunas modificaciones importantes. Su traza original es simétrica, cuyo centro espacial fue la sala de lectura iluminada cenitalmente por una marquesina ornamentada. La sala de lectura es hoy un amplio vestíbulo destinado a eventos y exposiciones. El lenguaje formal del edificio tiene rasgos modernos, con detalles ornamentales Art Deco en el exterior y en el interior.



[Biblioteca Luis Ángel Arango, Bogotá. Fotografía A. Saldarriaga R.]

Desde el punto de vista arquitectónico, un segundo ejemplo de interés es el conjunto actual de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República (BLAA). Su inicio es algo difuso. El banco se fundó en 1923 y en 1933 puso a disposición del público su colección bibliográfica. La primera sede propia fue auspiciada por Luis Ángel Arango, gerente de la entidad, quien comisionó su diseño a la firma Esguerra Sáenz Urdaneta Suárez. En este edificio se construyó una magnífica sala de lectura, con cubierta en una estructura reticular abovedada en concreto que permite la iluminación natural. En 1965, en una segunda etapa a cargo de la misma firma más el arquitecto Germán Samper Gnecco, se construyó además de espacios de lectura, almacenamiento y exposiciones, la pequeña sala de conciertos ovalada y cubierta con un cielo raso acústico en nervaduras de madera de complejo diseño. Con una tercera etapa, encargada a la firma del arquitecto Álvaro Rivera Realpe y la anexión de dos edificaciones más: el edificio Vengoechea y la Casa Republicana, la biblioteca completó la ocupación de toda la manzana comprendida entre las calles 11 y 12 y las carreras 5 y 6 del centro de Bogotá.

El conjunto arquitectónico de la BLAA es heterogéneo en su arquitectura. El primer edificio, el más interesante del conjunto, revela

una modernidad austera, derivada del manejo racional de la función y la técnica constructiva. El segundo edificio se presenta con un lenguaje arquitectónico diferente y contrastante con el primero en la apariencia exterior y en la textura de los materiales de fachada. La tercera etapa continúa con un lenguaje semejante, pero se presenta como un volumen completamente cerrado hacia el espacio público, lo que le valió algunas críticas en el momento de su inauguración.

La era de las bibliotecas públicas en Colombia es bastante más reciente. El inicio de los parques-biblioteca se sitúa en Bogotá, en la primera administración del alcalde Enrique Peñalosa Londoño, quien encargó las tres primeras: la de El Tunal en el parque que lleva ese mismo nombre (Suely Vargas, Marcia Wanderley y Manuel Guerrero, 1999-2002), la de El Tintal en un terreno abierto sobre la Avenida Ciudad de Cali, al suroccidente de la capital (Daniel Bermúdez, 2000) y la Virgilio Barco, en un predio incorporado al Parque Simón Bolívar (Rogelio Salmona y María Elvira Madriñán, 1999-2002). Cada una de ellas, además de cumplir satisfactoriamente con los requerimientos funcionales de sus contenidos, posee un carácter arquitectónico singular que se aprecia tanto en su volumetría como en su espacio interior.



[Biblioteca El Tintal, Bogotá. Fotografía A. Saldarriaga R.]



[Biblioteca Virgilio Barco, Bogotá. Fotografía A. Saldarriaga R.]



[Biblioteca Julio Mario Santodomingo, Bogotá. Fotografía A. Saldarriaga R.]



[Biblioteca España, Medellín. Fotografía A. Saldarriaga R.]



[Biblioteca E. P. M. y Plaza de la Luz, Medellín. Fotografía A. Saldarriaga R.]

Las salas de lectura de estas bibliotecas han sido concebidas de manera diferente. En la de El Tunal se divide en dos espacios, uno para adultos, distribuido en varias secciones, y uno para niños, situado en uno de los extremos del eje central. En la de El Tunal es un espacio de generosas proporciones localizado en el piso superior e iluminado naturalmente. En la Biblioteca Virgilio Barco la sala de lectura es de traza semicircular, de dos pisos de altura, bordeado por un estanque de agua.

Una última biblioteca pública construida en Bogotá es la que lleva el nombre del industrial Julio Mario Santodomingo (Daniel Bermúdez, 2010). La biblioteca propiamente dicha forma parte de un complejo cultural mayor, que incluye un gran teatro de herradura y un pequeño teatro-estudio. La gran sala de lectura, en este caso, es un espacio rectangular de doble altura, iluminado naturalmente desde arriba y desde los costados.

En Medellín, bajo la administración de Sergio Fajardo, se adoptó y adecuó el modelo del parque biblioteca y se encargaron por concurso tres de ellas: la biblioteca de La Quintana (Ricardo La Rotta, 2004), y las de La Ladera o León de Greiff y la biblioteca España (Giancarlo Mazzanti, 2007).

Una cuarta biblioteca fue encargada al arquitecto japonés Hiroshi Nahito, quien estuvo acompañado por el arquitecto John Octavio Ortiz y el equipo de la Empresa de Desarrollo Urbano de Medellín. Su arquitectura se desarrolla en forma de pabellones que bordean un gran patio. Sus formas, con sus muros blancos y sus cubiertas inclinadas en cerámica, evocan una arquitectura atemporal. En la misma ciudad se construyó la

biblioteca de las Empresas Públicas Municipales (EPM), en un edificio de audaz perfil urbano proyectado por Felipe Uribe de Bedout, que se integra en el conjunto artístico-arquitectónico de la Plaza de la Luz, y cuyos autores son Luis Fernando Peláez y Juan Manuel Peláez.

Un caso atípico es la biblioteca de Guanaacas, una localidad del municipio de Inzá, en el departamento del Cauca. El arquitecto Simón Hosie se radicó en el lugar y desarrolló su idea, previamente planteada como tesis de grado para la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, en conjunto con miembros de la comunidad, con la cual realizó la construcción. El espacio interior, con sus estructuras de guadua, es al mismo tiempo vernacular y contemporáneo.

No todo es nuevo en la arquitectura de las bibliotecas colombianas. En las últimas décadas algunas de ellas se han alojado en edificaciones patrimoniales recuperadas. Por ejemplo, la biblioteca Bartolomé Calvo del Banco de la República en Cartagena se aloja en la que fue la sede del Banco de Bolívar, un edificio republicano de corte neoclásico (Nicolás Samer, 1907). En Armenia se recuperó la antigua estación de ferrocarril como Biblioteca Departamental del Quindío. En Barranquilla la biblioteca se incorporó al antiguo edificio de la Aduana (Leslie Arbouin, 1921), como parte de un centro cultural que incluye otras actividades, y en Cúcuta la Biblioteca Pública Departamental se aloja en el conjunto de edificaciones del antiguo hospital de San Juan de Dios. Varias de las antiguas estaciones del ferrocarril se han habilitado como bibliotecas municipales.

SALIDA

EL TEMA DE ARCHIVOS y colecciones del cual forma parte el capítulo de las bibliotecas es de una gran riqueza investigativa y documental. Este texto se ha concentrado en el tema de la arquitectura de las bibliotecas en distintos tiempos y lugares y en especial en Colombia. Quedan pendientes muchos otros temas en los que la relación contenido-contenedor presenta ejemplos de interés por su arquitectura. Ya se ha mencionado el tema de los museos y sus colecciones y de la necesidad de alojarlos en edificios representativos. De la misma manera los archivos documentales, gráficos, fotográficos, filmicos e incluso digitales también requieren espacios arquitectónicos adecuados, más aún cuando algunos de ellos corren el riesgo de desaparecer. Esta es tan solo una primera y rápida aproximación.

[Biblioteca Bartolomé Calvo, Cartagena. Fotografía A. Saldarriaga R.]





[Aduana de Barranquilla. Fotografía A. Saldarriaga R.]

REFERENCIAS

- Borges, Jorge Luis. 1956. *Ficciones*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Eco, Umberto. 1988. *El nombre de la rosa*. Barcelona: Editorial Lumen.
- Foucault, Michel. 1984. *La arqueología del saber*. México D. F.: Editorial Siglo XXI.
- Niño Murcia, Carlos. 1991. *Arquitectura y Estado*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Real Academia Española. 2000. *Diccionario de la lengua española* (22.a ed.). Madrid: Real Academia Española.